

Reproducido en [www.relats.org](http://www.relats.org)

TENEMOS QUE ASUMIR LA DIMENSIÓN POLITICA DEL  
SINDICALISMO PARA DISCUTIR UNA ALTERNATIVA

Karen Yon, CNRS, Universidad de Paris-Nanterre  
Baptiste Giraud, prUniversidad de Aix-Marsella)

Sophie Béroud, Universidad de Lyon 2)

<https://www.mediapart.fr/journal/economie-et-social/121023/il-faut-assumer-la-dimension-politique-du-syndicalisme-pour-construire-une-alternative>

Traducción: Antoni Soy

Publicado en Sin Permiso, octubre 2023

A pesar de la fuerte movilización y de una unidad intersindical sin precedentes, el movimiento contra la reforma de las pensiones fue un fracaso: la ley se ha aplicado. Pero, ¿lo han perdido todos los sindicatos? En la primera parte de nuestra serie sobre este movimiento sin precedentes, tres investigadores hacen balance.

En el primer semestre de 2023, Francia vivió uno de los mayores movimientos sociales de su historia. Entre enero y junio, hubo catorce días de manifestaciones contra el proyecto de ley de reforma de las pensiones, que incluía el aumento de la edad mínima de jubilación a los 64 años. En cuatro ocasiones, el número de manifestantes registrado por la policía en toda Francia superó el millón, y la CGT reivindicó entre tres y cuatro veces esa cifra. El movimiento también gozó de un inmenso apoyo por parte del público en general, y fue respaldado por un grado sin precedentes de unidad sindical.

Pero el gobierno no cede. La ley se aprobó por un procedimiento de 49-3 y entró en vigor el 1 de septiembre. Este fracaso exige ahora una evaluación, la de los límites de un movimiento histórico, y conlleva un riesgo, el de la desmovilización frente a un Estado inflexible.

Con los sindicatos convocando una nueva manifestación el viernes 13 de octubre y el Gobierno organizando una "conferencia social" tres días después, ¿cómo lograr construir nuevas formas de movilización susceptibles de tener un impacto más eficaz sobre las políticas destinadas a destruir el Estado del bienestar? Una obra colectiva de investigadores, *Le syndicalisme est politique* (publicada por La Dispute) (<https://ladispute.fr/catalogue/le-syndicalisme-est-politique/>), intenta hacer balance de este movimiento y de sus límites, pero también explorar vías para repolitizar los sindicatos franceses.

Entrevista a tres bandas con Karel Yon, investigador en sociología del CNRS (Universidad de París-Nanterre), que ha coordinado el libro, Baptiste Giraud, profesor de Ciencias Políticas (Universidad de Aix-Marsella), y Sophie Bérourd, profesora de Ciencias Políticas (Universidad de Lyon 2). La entrevista fue realizada por Romaric Godin y Dan Israel.

Mediapart: Es innegable que el movimiento contra la reforma de las pensiones ha sido un fracaso. La prolongación de la edad legal de jubilación ha sido promulgada y entra en vigor progresivamente desde el 1 de septiembre. Sin embargo, ¿podemos decir que esta movilización marca una derrota del movimiento social?

Karel Yon: Es evidente que el movimiento ha sido derrotado en cuanto a sus reivindicaciones. Pero hay que matizar: en los sindicatos no pensamos necesariamente que haya habido una derrota moral o política, porque este movimiento ha sido una oportunidad para reafirmar la utilidad y la legitimidad del sindicalismo. Esto se ha reflejado en un aumento de la afiliación sindical, aunque es cierto que sólo ha sido un parpadeo, con unas pocas decenas de miles de afiliados a todos los sindicatos juntos. Pero estas cifras deben compararse con un descenso constante de la afiliación sindical, tanto a largo plazo como más recientemente.

El prolongado movimiento de protesta del primer semestre de 2023 también reflejó una creciente simpatía por el sindicalismo, prestándose atención a sus propuestas. Y el reconocimiento de su capacidad, a través de la intersindical, para dar una voz unificada y legítima al mundo del trabajo, sin permitir que surjan disensiones internas, aunque haya habido debates tácticos y estratégicos entre las organizaciones.

Baptiste Giraud: En enero, nadie habría apostado por que la movilización duraría seis meses, con jornadas de acción espaciadas. La fuerza y la duración de la movilización nos recordaron la capacidad aún inigualada de los sindicatos para ser fuerzas de movilización en el país. También reafirmó su contribución al funcionamiento de la democracia, gracias a su capacidad para imponerse como portavoces indiscutibles de

la oposición del mundo del trabajo a la reforma, frente a una izquierda fragmentada, que tenía dificultades para traducir la oposición al gobierno, a pesar de su masividad, en acción política.

Sophie Bérout: Para los sindicatos, también hay un reto simbólico a la hora de poner en palabras lo sucedido. A nivel interno, se está trabajando mucho para intentar describir esta secuencia. Y los primeros elementos que surgieron a finales de junio no fueron un sentimiento de amargura por parte de los asalariados que participaron en la movilización. Habrá que ver si esto se confirma, pero significaría que para los sindicatos las cosas podrían ser menos difíciles que cuando se instala un sentimiento de derrota.

En los debates internos de los sindicatos, ¿se está cuestionando la estrategia de unidad?

K. Y.: No, no se cuestiona la intersindical, porque habría evitado acciones más ofensivas, por ejemplo. Los dirigentes y los militantes de a pie, en particular en el seno de la CGT y de la FSU, sacan la misma conclusión: la intersindical parecía esencial para encarnar una voz unificada, pero también para agrupar a las fuerzas militantes. Es evidente que la CFDT ha movilizó a los asalariados de las PYME o del sector de la limpieza, a diferencia de los grandes batallones más industriales de la CGT, o de los profesores de la FSU. Esto también ha contribuido a que la movilización arraigue en las regiones.

Todos los responsables sindicales recuerdan que la intersindical nunca ha impedido otras expresiones de protesta más radicales. No ha actuado como un asfixiante.

Por último, y Laurent Berger ya ha hablado de ello a Mediapart (<https://www.mediapart.fr/journal/economie-et-social/100623/est-ce-que-je...>), la propia CFDT se ha planteado la cuestión de una huelga renovable. Esto significa que se había creado un marco de confianza suficiente entre los dirigentes sindicales para reflexionar sobre cómo llevar la movilización un paso más allá.

De hecho, la CFDT no había ido tan lejos desde hacía décadas, llamando a "paralizar Francia" el 7 de marzo. ¿Cómo se explica este llamamiento a la huelga general, aunque sea velado y limitado en el tiempo?

S. B. : No se puede entender el lugar de la CFDT en la intersindical sin tener en cuenta el agotamiento del diálogo social, desde arriba y desde abajo. No hay diálogo de arriba abajo, porque tenemos un gobierno que procede brutalmente, por ordenanza o en el Parlamento. Tampoco hay diálogo desde abajo, porque la introducción de nuevos órganos de representación del personal está poniendo en grandes dificultades

(<https://www.mediapart.fr/journal/economie/250822/bilan-des-ordonnances-m...>) a los equipos sindicales en las empresas [*Baptiste Giraud acaba de coeditar un libro (<https://editions-croquant.org/dynamiques-socio-economiques/917-un-compro...>) sobre este tema con Camille Signoretto*].

Tenemos la impresión de que la CFDT, que ha recibido mucha atención mediática por su papel en la intersindical, ha sido promovida a pesar de que su estrategia es algo deficiente. Queda por ver cómo se plantea esto dentro del sindicato. ¿Se teoriza que la manifestación es en última

instancia inútil? ¿O, por el contrario, llevará al sindicato a pensar más en términos de relación de fuerzas?

B. G. : Esta doble dificultad de la CFDT puede explicar, en efecto, que la dirección del sindicato haya dudado menos en adoptar una posición de oposición al Gobierno. Al final, la movilización que vimos mostró el agotamiento de la estrategia reformista, pero también, al mismo tiempo, la incapacidad de hacer triunfar una estrategia más radical.

Pero, ¿por qué los sindicatos no consiguieron "captar" el profundo rechazo de la población a la reforma y crear un movimiento huelguístico lo suficientemente fuerte como para que el gobierno no tuviera más remedio que rendirse?

B. G. : La movilización ha puesto de manifiesto tanto la capacidad de movilización de los sindicatos como sus principales limitaciones. Los sindicatos lo tienen muy claro: durante los movimientos anteriores contra otras reformas de las pensiones, en 2003 y 2010, se cuestionó la estrategia intersindical, que se utilizó como explicación de la ausencia de huelga general. Esta vez, todo el mundo puede ver tanto el apoyo y la simpatía que han ganado, como la dificultad que han encontrado para evitar el síndrome de la "protesta por delegación".

Sí, los sindicatos supieron encarnar políticamente el rechazo a la reforma, muy extendido entre la población trabajadora. Pero tuvieron verdaderas dificultades para ampliar la movilización más allá de sus militantes. No es de extrañar, dada su organización y su funcionamiento: la CGT y la CFDT sólo tienen un delegado sindical en el 17% de las empresas de más de diez trabajadores. Este es el verdadero reto, y como dijeron varios portavoces sindicales a principios de

otoño, tienen que hacer frente a estos monstruosos desiertos sindicales.

Esto apunta también a la dificultad de las organizaciones sindicales para ampliar sus ámbitos de actuación y alejarse de una tendencia muy fuerte a "relocalizar" las movilizaciones, en conflictos concentrados en determinadas empresas, en batallas que parecen fáciles de ganar.

Desde este punto de vista, los sindicatos se han encontrado sin duda con una falta de creencia en la posibilidad de una victoria, de la retirada del texto. Pero no nos movilizamos sólo cuando compartimos las reivindicaciones, sino también cuando creemos que la victoria es posible.

S. B. : Quizás tengamos en mente formas de generalización del movimiento como las de las grandes movilizaciones de 1936 y 1968, que ya no son posibles hoy en día, debido al profundo debilitamiento de los colectivos laborales [*por el recurso masivo a la subcontratación y al trabajo temporal, por ejemplo - nota del editor*], a la presencia cada vez más escasa de militantes sindicales en las empresas, a los efectos de varias décadas de derrotas acumuladas y a la transformación del poder político vigente. Todo ello debería llevarnos a pensar de forma diferente a la idea de las huelgas masivas. Quizá debemos romper con esta forma de pensar.

K. Y. : Efectivamente, hay una huelga general imaginaria que se refiere a lo que queda de los bastiones sindicales. Paralizar el país significaría bloquear la industria, aunque hoy este sector sólo representa el 13% de la población activa y tres cuartas partes de los asalariados trabajan en el sector servicios

(<https://www.insee.fr/fr/statistiques/4277675?sommaire=4318291>).

Sin duda hay que hacer un esfuerzo para reinventar la huelga. Puede verse como un proceso de concienciación colectiva, que quizá no conduzca a la parálisis económica, pero que permitiría que más asalariados se identificaran con el movimiento.

Y luego, cuando hablamos de sectores estratégicos para la movilización, pensamos generalmente en la energía, la petroquímica o el ferrocarril, cuando hay muchos otros sectores de bloqueo: servicios informáticos para las empresas, trabajadores de la logística, personal de mantenimiento de todas las grandes empresas, etc. Parar estos sectores tendría consecuencias económicas y políticas importantes.

En su libro, plantean la idea de que el sindicalismo debe asumir su alcance político, en contraste con la tendencia de las últimas décadas, que ha sido distanciarse de los partidos políticos. ¿Qué forma podría adoptar esta repolitización?

K. Y. : Esta movilización parece ser el posible final de un largo ciclo de despolitización, en el que finalmente se afirmó la autonomía del ámbito sindical, en un contexto de crisis de la afiliación sindical y del vínculo entre partidos políticos y sindicatos.

FO llevaba más tiempo defendiendo esta postura. Se le unió la CFDT a finales de los años 70, con la idea de no seguir esperando una victoria electoral de la izquierda y de empezar a pensar de nuevo en estrategias de acción que consiguieran victorias para los asalariados, independientemente de los equipos políticos en el poder.

Esto significaba volver a comprometerse con la patronal, entrar de nuevo en la lógica de la negociación, etc. En los

años 90, la CGT se alineó con este nuevo sentido común sindical: un discurso de defensa de la socialdemocracia, aunque fuera muy combativo.

La movilización que vimos en 2023 muestra los límites de esta postura, negándose a pensar en alianzas que cambiarían la composición del personal político. Tal vez haya llegado el momento: el problema no es que los sindicatos no se hayan pronunciado lo suficientemente alto, sino que existe una incompatibilidad estructural entre los intereses del mundo del trabajo y el Estado neoliberal - y el personal político a su cabeza.

¿Qué vías proponen?

K. Y.: La única manera de cambiar esto es no depender de los partidos políticos. Ya hemos visto lo que pasó: tras el enfrentamiento por la reforma de las pensiones en 2010, la CGT pidió la derrota de Nicolas Sarkozy y los dirigentes de la CFDT prometieron su apoyo a François Hollande. Pero, de hecho, el Gobierno socialista ha retomado las políticas proempresariales de sus predecesores.

Ahora tenemos que abrazar plenamente la dimensión política del sindicalismo, para ayudar a construir una alternativa. Por supuesto, las formas que esto adoptará aún están por definir. Nos limitamos a esbozar algunas pistas para abrir el debate. Sin duda, será necesario un esfuerzo para que se escuche y se ponga en práctica en las organizaciones sindicales.

Por supuesto, la Nupes [*Nouvelle Union Populaire Ecologique et Sociale* - *nota del editor*] es una entidad muy frágil, a punto de estallar cada día. Pero da lugar a una oposición de izquierdas unida, y esta configuración permite a los sindicatos

interesarse por la política, sin dar la impresión de que juegan a favor de uno u otro partido.

B. G. : El objetivo del libro no es sólo cuestionar a los sindicatos, sino también a los partidos políticos. Para nosotros, no se trata en absoluto de reinventar la idea de los sindicatos como "correas de transmisión" de los partidos políticos [*como la CGT lo fue durante mucho tiempo para el PCF - nota del editor*]. Pero hay que devolverles su papel de contrapeso, de forma contraria a todas las recientes reformas del Código del Trabajo, que sólo reconocen la legitimidad de los sindicatos si aceptan negociar una mayor flexibilidad laboral y salarial.

Lo que intentamos defender es la idea de reconocer los derechos de los sindicatos, no como interlocutores sociales, sino como representantes del mundo del trabajo, como contrapeso a los empresarios, ¡pero también a los partidos políticos!

Hay muchas cosas en las que pensar. Por supuesto, hay que restablecer los derechos sindicales suprimidos por las ordenanzas de 2017, como los relativos a la salud laboral y a los representantes locales. Pero también reconocerles nuevos derechos, por ejemplo para agrupar y organizar a los trabajadores del sector servicios, que trabajan en empresas muy pequeñas, para subcontratistas, etc. [*sobre este tema, lea esta nota (<https://interetgeneral.net/publications/28.html>) del think tank Intêret Général*]. Y por qué no fuera de la empresa, que no es necesariamente el lugar sacrosanto y necesario para el sindicalismo. Pero este tipo de reflexión aún no ha comenzado en los partidos políticos.

Su libro dedica un capítulo entero a esta cuestión de la localización. En particular, se interesan por el movimiento de

los "chalecos amarillos", cuyas cabañas han sido lugares centrales...

S. B. : En efecto, era un punto que me parecía importante, y pudimos apoyarnos en el excelente trabajo etnográfico que se hizo durante el movimiento de los chalecos amarillos. Vemos que la gente habla mucho de su capacidad para crear un lugar donde vivir, esta cabaña, que se convierte en un lugar donde discutimos cosas, porque lo hacemos juntos, porque se basa en prácticas populares. No se puede separar el "hacer" de la discusión. La discusión política está presente, sin tomar necesariamente la forma de una Junta General.

Esto pone de manifiesto la dificultad que tienen los sindicatos para crear este tipo de espacios. Son a la vez lugares de socialización y de fiesta, y lugares donde las experiencias laborales se politizan, al igual que las condiciones de vida y de vivienda. Son espacios abiertos, pero también lugares donde uno se siente parte de un entorno protector, donde se pueden reavivar los lazos sociales, sobre todo a nivel de base.

En el pasado, los sindicatos disponían de estos lugares: sindicatos locales, pero también en algunos grandes comités de empresa, que organizaban actividades deportivas y culturales dirigidas por trabajadores y trabajadoras... Esto se ha debilitado mucho.

¿Cómo puedes reunirte con miembros del sindicato cuando estás solo en un mercado de Carrefour, o cuando eres empleado de ayuda a domicilio? Redistribuir lugares como estos nos permitiría crear este tipo de vínculos, entre pequeñas bases sindicales, y también con empleados no sindicados.

Volvemos a la pregunta anterior: estos lugares sólo pueden existir si los sindicatos les dedican recursos financieros. Por

el momento, son los empresarios quienes facilitan el acceso a los derechos sindicales *[incluidas las horas de delegación, que liberan tiempo para dirigir sindicatos locales o departamentales - nota del editor]*. Hay que crear derechos específicos para la actividad interprofesional, desvinculados del hecho de que un activista sindical pertenezca a una empresa.